

« sucumben á ellas, más por la fuerza del hábito, que por
 « la malicia de la voluntad ; que considere, si, despues de
 « haber sido vencido, se ha excitado á dolor, y ha hecho
 « penitencia, y si, cuando se esfuerza por reprimir sus pa-
 « siones, lo hace por motivos justos y santos, y no por otra
 « pasión cualquiera. »

« No sólomente debemos hacer exámen cotidiano de
 « nuestras faltas, sino que de tiempo en tiempo, todos los
 « meses, todas las semanas, debemos preguntarnos :
 « ¿ qué impresión me ha hecho durante este tiempo esta pa-
 « sión ? ¿ como me encuentro al presente ? El año pasado
 « me veía dominado por ella, ¿ y ahora ? De este modo es
 « preciso examinar los progresos que se han hecho ; si el
 « estado en que nos hallábamos era mejor ó peor que el
 « actual. »

INSTRUCCION XI.

DEL CUIDADO DE COMBATIR LAS PASIONES ANTES DE QUE SE CON-
 VIERTAN EN HABITOS.

La instrucción que san Doroteo dá á sus religiosos sobre este punto es muy excelente, y puede servir á toda clase de personas. Exhorta muy encarecidamente á no descuidar la enmienda, á no dar lugar á que se fortifiquen las pasiones, sino á combatirlas incesantemente, y aprovechar el tiempo que Dios nos concede. Demuestra, por último, cuán difícil es reprimirlas, cuando, por haberlas descuidado, se han convertido en hábitos, lo cual confirma con más de un ejemplo.

« Hacedlo todo, dice, mis hermanos, con atención, y no
 « obreis con indiferencia ; pues el más pequeño descuido

« nos expone á grandes peligros. Hace poco tiempo que
 « vi á un religioso todavía convaleciente de una enferme-
 « dad, y supe que sólomente le habia aquejado siete dias la
 « fiebre, y que á los cuarenta dias no se habia restablecido
 « del todo. Ved aquí lo que es caer en alguna indisposi-
 « ción : se descuidan los males que parecen leves, y sin em-
 « bargo, el que es de una complexión delicada, por pe-
 « queña que sea su enfermedad, necesita de muchos cuida-
 « dos para restablecer su salud. Otro tanto acaece á las
 « almas.

« Tres causas diferentes impiden la curación de las en-
 « fermedades corporales : ó bién porque los remedios son
 « antiguos y han perdido su virtud, ó bién porque el médico
 « no es suficientemente instruido y emplea un remedio
 « por otro, ó bién, por último, porque el enfermo no guarda
 « el régimen que se le prescribe. Otro tanto sucede con
 « las enfermedades del alma. Pero no puede decirse que el
 « médico no sea perito, que no suministre remedios adé-
 « cuados, ó que estos remedios sean viejos y sin virtud ;
 « pues el médico de nuestras almas es Jesucristo, que con-
 « noce perfectísimamente con su sabiduría infinita las en-
 « fermedades del alma, y aplica los remedios más adecua-
 « dos para curarlas. Por ejemplo, él dá la práctica de la
 « humildad contra la vana gloria : la limosna contra la
 « avaricia, etc. Los remedios de este médico celestial nunca
 « envejecen ; cuanto más se aplican, tanto más nuevos y
 « eficaces son. Luego ninguna otra cosa se opone tanto á
 « la curación de nuestras almas como nuestros propios de-
 « sarreglos. »

« Por esta razón, mis hermanos, nos es de la más abso-
 « luta necesidad no perder el tiempo. ¿ Porque somos des-
 « cuidados ? Hagamos ahora el bién, á fin de que encuentre-
 « mos consuelos y auxilios en el tiempo de la tentación
 « ¿ porqué hemos de pasar inútilmente la vida ? Vemos que

« hoy muere un hermano, y mañana otro, sin que esto nos
« impresione, y mucho más sabiendo que no hemos de tar-
« dar en seguirles.

« Desde que nos reunimos en este lugar y dimos prin-
« cipio á esta conferencia, han pasado tres horas de nues-
« tra vida. El tiempo ha volado, y no obstaute, vivimos sin
« considerar esta verdad terrible. El que pierda un poco
« de oro ó de plata, decia un anciano, puede encontrar
« cantidad suficiente con que sustituirlos ; pero el tiempo
« que se pierde por negligencia es irreparable. Vendrá un
« día, en que quisiéramos tener una sola hora, y sin embar-
« go, ésta nos será rehusada. ¿ Cuantos querrán entónces
« oír la palabra de Dios, y no habrá quién se la prodigue?
« Y sin embargo, hoy que se nos dá con grande abundan-
« cia, apénas hacemos caso de ella, y por lo tanto, no
« adelantan nuestras almas. Yo me espanto de ver hasta
« donde llega la insensibilidad de nuestros corazones :
« nuestra salvación está en nuestras manos, y no queremos
« obrarla. Nuestras pasiones son todavía nuevas, y pode-
« mos vencerlas ; pero en lugar de hacerlo, las dejamos
« crecer y fortalecerse. »

« Un anciano de una virtud eminente hallábase un dia
« con sus discípulos en un lugar plantado de cipreses, y dijo
« á uno de ellos: arranca este arbolito, lo cual hizo con una
« sola mano, porque era pequeño. Le dijo que hiciese
« lo mismo con otro más grande, y también la consiguió,
« aunque con algún trabajo. Le mostró otro tercero ma-
« yor aún, y con grandísimo esfuerzo pudo arrancarlo.
« Por último, necesitó de la ayuda de otro hermano
« para arrancar otro mayor. De aquí tomó motivo para
« decirles, que estos cipreses eran imágen de nuestras
« pasiones, que fácilmente se destruyen cuando acaban de
« aparecer ; pero que, si las miramos con indiferen-
« cia, porque las creemos pequeñas, se fortifican, y no

« podremos vencerlas, sino con grandísimo trabajo. »
« Nos enseñan los santos Padres como debemos obrar
« para purificar nuestras almas. Examinemos, dicen, por
« la tarde lo que hemos hecho durante el dia, y por la ma-
« ñana, lo que hemos hecho durante la noche, para arre-
« pentirnos y pedir á Dios perdón de las faltas que hemos
« cometido. ¡ Ay ! son tantas nuestras faltas, y las olvida-
« mos tan pronto, que no estaria de más el que las exami-
« násemos a todas horas. »

« Es preciso, pues, examinar si se ha faltado á la cari-
« dad en alguna palabra ; si se ha formado un mal juicio
« del prójimo ó se le ha despreciado : si se ha murmurado
« del mayordomo porque no diera lo que se le haya pedido,
« ó del cocinero por no haber puesto todo su esmero en la
« comida : si se ha contristado á alguno, ó si se han reci-
« bido con impaciencia las amonestaciones de los superio-
« res

« En cuanto á lo que se hace durante la noche, debe exa-
« minarse si ha habido diligencia para levantarse y asistir
« al oficio : si se ha murmurado del encargado de desper-
« tar á los religiosos : si se ha asistido al oficio, tanto del
« dia como de la noche, sin dejarse llevar del sueño : si
« durante la oración, se ha dejado que divague la imagi-
« nación, ó no se ha prestado la atención debida, y por últi-
« mo, si se ha dejado el oficio, ó se ha salido de la iglesia.
« Si ponemos cuidado en examinarnos de esta manera y
« arrepentirnos, nuestros pecados se irán disminuyendo in-
« sensiblemente. Si hoy cometemos nueve, dentro de al-
« gún tiempo cometeremos ocho, y de esta manera, avan-
« zando poco á poco, conseguiremos, con la ayuda de
« Dios, que no se fortifiquen nuestras pasiones, y alcanza-
« remos la paz del alma. »

« Permitidme que interrumpa un momento el hilo de
« mi discurso, para deciros algo acerca de las vigili-
« as de

« la noche. Hemos de tener presente que el que se halla
 « encargado de despertarnos para asistir al oficio, nos ha-
 « ce un favor especial, y nos procura grandes bienes :
 « pues nos despierta para que podamos ofrecer nuestras
 « oraciones á Dios, y alcanzar de su misericordia el conoci-
 « miento y el perdón de nuestros pecados y por lo tanto, con-
 « tribuye muy poderosamente á nuestra salvación. »

« Os referiré á este propósito una cosa muy maravillosa
 « que aprendí del santo Padre Diorático. Hallábase en la
 « iglesia, y cuando empezaron los religiosos á cantar, vió á
 « un hombre que salía de la sacristía, rodeado de resplan-
 « deciente luz, y teniendo en sus manos un vaso lleno de lí-
 « quido y una especie de hisopo. Despues de mojar este
 « hisopo en el líquido, fué dando vueltas y señalando los
 « asientos de algunos religiosos. Lo mismo hizo despues de
 « terminado el oficio. El bienaventurado Diorático lo detu-
 « vo, se postró á sus pies, y le conjuró que le dijese quién
 « era, y qué habia querido significar con esta ceremonia.
 « Soy le respondió, el ángel del Señor : he sido enviado para
 « señalar á los que tienen suficiente fervor para estar en el
 « coro ántes de empezar el oficio y para no retirarse hasta
 « el fin. — Pero ¿ porqué habeis señalado los asientos de
 « algunos que están ausentes? — Todos, respondió, todos
 « los que, teniendo una piedad sincera y una intención
 « pura, se hallan ausentes, con licencia de sus superio-
 « res, ya por hallarse verdaderamente enfermos, ya
 « por estar ocupados en algún oficio á que les llama la
 « obediencia, han sido señalados como si estuviesen pre-
 « sentes, porque se hallan interiormente dispuestos á es-
 « tarlo. Pero á aquellos que por negligencia no asisten,
 « tengo órden expresa de no señalarlos, porque son indi-
 « gnos de ello. De aquí podeis deducir cuán buenos servi-
 « cios nos prestan los que tienen el oficio de despertarnos
 « para la oración de la noche. »

« Volvamos á nuestro asunto. Os he dicho que, si des-
 « cuidamos el combatir nuestros vicios y pasiones, se com-
 « tituyen éstas en hábitos, y se hace muy difícil extirparlas,
 « por grandes que sean los esfuerzos que se empleen. Es-
 « cuehad una historia digna de lágrimas. »

« Cuando me hallaba en el monasterio de san Sérido,
 « venian los religiosos á declararme sus pensamientos, por-
 « que el abad, por consejo de los ancianos, me habia con-
 « fiado el cargo de oírlos. »

« Un dia vino un religioso y me dijo : Tened piedad de
 « mí, Padre mio, y rogad á Dios por este miserable que
 « hurta y se come lo hurtado. — Y ¿ porqué haceis esto ?
 « le pregunté : ¿ es que teneis hambre? — Sí, padre mio,
 « y no me basta lo que me ponen en la mesa. — Y ¿ por-
 « qué no se lo habeis dicho al padre abad? — Porque no
 « me atrevo. — ¿ Quereis que se lo diga yo? — Haced lo
 « que os plazca. »

« Hícelo presente, en efecto, al abad, quién me ordenó
 « que me encargase de proveer á la necesidad de este re-
 « ligioso, y en su consecuencia, dije al mayordomo que le
 « diese todo lo que le pidiera, el cual, prometió hacerlo. »

« Algunos dias despues vino á buscarme nuevamente
 « este religioso, y me dijo que todavía robaba. Le pregunté
 « si le habia rehusado el mayordomo alguna cosa, y me
 « respondió que le daba vergüenza de pedírsela. Pues acu-
 « did á mi, le dije, y no volvais á robar. Venia efectivamen-
 « te, y yo, como encargado de la enfermería, le proporcio-
 « naba lo que necesitaba. »

« Pasaron algunos dias más, y vino otra vez á decirme
 « que todavía robaba. Pero ¿ os niego yo alguna cosa? le
 « dije ¿ temeis pedírmela? ¿ no os doy todo lo que quereis?
 « ¿ porqué, pues, habeis de robar? — Perdonadme, padre
 « mio, respondió, no sé porque lo hago, y lo singular es
 « que no puedo dejar de hacerlo. — Confesadme la verdad :

« ¿ qué haceis de lo que tomáis? — Se lo doy á un asno.
 « — En efecto, se supo que tomaba habas, dátiles, higos,
 « cebollas, y todo lo que podia, lo colocaba bajo su le-
 « cho ó en algún lugar oculto, y cuando ya no sabia que ha-
 « cer de ello, ó se podría, se lo echaba á las bestias. »

« Ved aquí, mis amados hermanos, lo que es contraer
 « hábito, y á que excesos de miseria conducen. Sabía este
 « pobre religioso que el hurto es un pecado, y que hacía
 « mal robando : se afligía por ello ; se lamentaba, y no obs-
 « tante, se dejaba arrastrar por la violencia de su pasión,
 « y todo ello no por otra causa que por haber descuidado
 « el combatirla en un principio. Con muchísima razón decía
 « el abad Nesteros que el que se deja llevar de una pasión
 « se hace esclavo de ella. »

INSTRUCCION XII.

DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

« San Doroteo hace en este discurso una descripción vi-
 « visima de las penas del infierno. Hace notar que las ma-
 « las disposiciones, en que se halla el hombre al tiempo de
 « su muerte, forman su suplicio. De donde concluye que es
 « de la más absoluta necesidad el destruirlas ántes de mo-
 « rir á fin de que no nos sigan despues, y nos atormenten
 « durante la eternidad.

« Hagamos todas nuestras obras en honra y gloria de
 « Dios, hermanos míos, dice, y en todos los actos de nues-
 « tra vida reconozcamos siempre que todo viene de él, y
 « que todo lo dispone para nuestra utilidad. Es verdad que
 « hay personas que se dejan agoviar bajo el peso de sus affi-
 « xiones : que no pueden soportar la vida, y que desean la
 « muerte, esperando poner término á sus trabajos. La

« causa de esta desanimación es la pusilanimidad y la igno-
 « rancia del estado terrible en que se hallará el alma tan
 « luego como se separe del cuerpo. Consideramos las
 « affixiones de esta vida como grandes males, porque no
 « sabemos cuales serán las de la otra. Diciendo á un an-
 « ciano un religioso que sufría muchos trabajos corporales,
 « y que su alma suspiraba por la muerte, le respondió el
 « anciano : Quereis evitar los trabajos de la vida presente,
 « é ignorais que son infinitamente más grandes los que os
 « esperan en la futura. »

« Por lo que á nosotros, hermanos míos, se refiere, por
 « lo mismo que, viviendo en la negligencia, quisiéramos
 « ir al cielo, nos hallamos sin fuerza y sin ánimo, y las más
 « pequeñas affixiones nos abaten. Deberíamos más bién
 « dar continuamente gracias á Dios, y considerarnos muy
 « dichosos de estar destinados á sufrir en este mundo al-
 « gunos trabajos, para gozar en el otro de consuelos eter-
 « nos. »

« El alma, por lo mismo que en esta vida está unida al
 « cuerpo, se halla como aliviada y distraída de las pasio-
 « nes que la atormentan, siéndole, por lo tanto, ménos sen-
 « sibles sus estímulos : mientras que comemos, bebemos, ó
 « conversamos, nos hallamos en medio de personas queridas ;
 « Pero cuando el alma se separa del cuerpo, se halla sola
 « con sus pasiones, que no cesarán de afligirla y atormen-
 « tarla : ellas constituirán su única ocupación, y la devora-
 « rán. Su ardor, su violencia, su agitación la turburán in-
 « cesantemente. Para haceros comprender esta verdad por
 « medio de un ejemplo, representaos á uno que enferma
 « en una oscura celda, y que pasa tres dias sin comer, sin
 « beber, sin dormir, sin hablar con persona alguna, sin
 « orar y hasta sin tener ningún pensamiento, y com-
 « prendereis la impresión que le producirán sus pasio-
 « nes. »

Pero ¿ qué es todo esto en comparación de lo que sufrirá el alma, cuando, al salir del cuerpo, se encuentre sola con sus pasiones! Si teniendo un cuerpo recargado de humores melancólicos, dá tanto que sufrir este temperamento, y produce una vida llena de dolor y de tristeza, con mucha más razón, poseída por sus pasiones, será cruelmente atormentada por ellas, y por decirlo así, devorada.

¿ Quién podrá, por último, representarse con entera propiedad aquellas criaturas despiadas, que no mueren nunca, y que están destinadas á ser los ministros de los suplicios eternos, á que están condenadas las almas pecadoras? ¿ quién podrá expresar el ardor y la violencia de aquellas tinieblas, aquellos espíritus implacables, aquellos terribles vengadores de los crímenes, aquel número infinito de diferentes torturas, de que nos habla la Escritura, y que Dios ha establecido en proporción á la diversidad de actos y á las voluntades criminales á que han sido abandonadas las almas? Pues así como los Santos reciben en herencia una morada resplandeciente de luz, y una bienaventuranza que guarda proporción con la santidad de su vida, así también los pecadores serán encarcelados en lugares tenebrosos, llenos de horror y de espanto: en los abismos en que fueron precipitados los demonios, y en que sufren juntamente con ellos.

« ! Oh! ! cuán terrible es lo que á este propósito dice
« san Juan Crisóstomo! Aún cuando no hubiera en este
« lugar de horror y de suplicios estos rios de fuego: aún
« cuando no se encontrasen en él estos espíritus despiados,
« sólomente el discernimiento y la distinción, que
« se hará entre los hombres, de los cuales unos serán
« llamados por Dios á una gloria inmortal, mientras
« que otros serán rechazados con confusión y privados de

« la eterna bienaventuranza: sólomente este discerni-
« miento, repito, será para los pecadores un motivo de
« ignominia, de pena y de suplicio, con que nó puede
« compararse ningún castigo, por riguroso que se le
« suponga. Además los remordimientos de la conciencia
« y el recuerdo de los pecados cometidos, son trabajos
« tan difíciles de soportar, que la imaginación no puede
« concebir cosa que se les asemeje. »

« Las almas, como enseñan los Santos Padres, se
« acuerdan en este estado de todas sus palabras, de todas
« sus acciones y de todos sus pensamientos. No hay
« un solo acto de la vida humana, que se borre de su
« memoria. Es verdad que dice la Escritura que en aquel
« día se desvanerán todos los pensamientos de los im-
« píos (1); pero estas palabras se refieren á los proyectos
« de la vida presente, como edificar palacios, comprar
« tierras, educar hijos, y hacer contratos relativos á los
« bienes del mundo. Los pensamientos de todas estas
« cosas pasejeras, se desvanecen tan luego como el alma
« se separa del cuerpo: ya no tiene que ocuparse de ellas.
« Pero el recuerdo de lo bueno ó malo que ha practicado
« jamás se borrará; sino que cada vez estará más claro y
« vivo á los ojos del alma, que estará desprendida de los
« lazos del cuerpo terrestre, que ha oscurecido la vivaci-
« dad de sus conocimientos. »

« Por esta razón no dejaré nunca de exhortaros á que
« alimenteis vuestro espíritu con santos pensamientos,
« para que los encontréis, cuando salgais de este mundo;
« pues lo que hayais hecho os seguirá despues de la muerte
« para no abandonaros jamás. Concluyamos de todo esto,
« hermanos míos, que el que tiene un verdadero deseo de
« salvarse, no debe ser negligente, ni debe considerarse

(1) Ps. cxlv. 4.

« seguro hasta haber exhalado el último suspiro. Es
 « necesario que trabajemos mucho ; pero principalmente
 « es necesario que oremos para alcanzar que Dios nos
 « proteja, y para que obre en nosotros nuestra salvación
 « por el poder de su misericordia, y para gloria de su santo
 « nombre. »

INSTRUCCION XIII

DE LA PACIENCIA EN LAS TENTACIONES

Es de la mayor utilidad lo que dice san Doroteo en esta instrucción, y puede servir en gran manera para consolar las almas que se hallan afligidas por la tentación ; pues demuestra que se nos ofrecen por un designio misericordioso de la divina Providencia : que pueden convertirse en beneficio de nuestras almas, si las soportamos con paciencia y fortaleza, si en lugar de dejarnos abatir por ellas, pedimos al Señor, no ya que nos libre de sus instigaciones, sino que las superemos, y si le damos la debida acción de gracias por la asistencia que nos dá contra los enemigos de nuestra salvación. Dá principio este Santo á su discurso con una sentencia del abad Pastor, el cual decia que en la tentación es en donde se manifiesta el perfecto solitario.

« Es preciso, dice, que el que se ha consagrado al
 « servicio de Jesucristo con pura y sincera intención,
 « se prepare para las tentaciones con toda la sabiduría
 « posible, á fin de que, cuando se vea atacado, no
 « caiga en la turbación ; que se persuada de que nada
 « acaece en la tierra sin la permisión de la divina Provi-
 « dencia, y que todo lo que ésta hace es justo y en-

« caminado al bién de nuestras almas. Su caridad y su
 « misericordia son los motivos de nuestra esperanza.
 « Así es que, én vez de dejarnos llevar del abatimiento
 « y de la turbación, debemos, como dice san Pablo,
 « darle acciones de gracias, y conservar la humildad,
 « la paz y la esperanza. »

« Cuando un hombre ha recibido de otro que le ama
 « alguna cosa que le molesta, no por eso cree que deja
 « de amarle, ni que le ha perdido su buena voluntad.
 « Con mucha más razón debemos creer que Dios, que
 « nos ha criado, que se ha hecho hombre, y que ha
 « dado su vida por nosotros, no hace cosa alguna en
 « órden á nosotros, sino por una disposición de su bon-
 « dad y de su amor. »

« Podremos decir que un amigo que nos ama ha
 « faltado á la prudencia molestándonos, ó que, aún
 « cuando no haya faltado á la prudencia, no ha estado
 « en su mano el molestarnos. Pero á Dios no se puede
 « acusar de imprudencia ni de impotencia. Así pues,
 « sabiendo, como sabemos, que es la sabiduría por esen-
 « cia ; que nada le es imposible, y que está lleno de
 « amor y de misericordia para con nosotros, debemos
 « persuadirnos que todo lo que hace, lo hace en bene-
 « ficio nuestro, y recibirlo de su mano, como de un padre
 « lleno de bondad y de amor. »

« Suele decirse algunas veces, cuando se vé que alguno
 « cae en alguna tentación : ¿ Como es posible que estas
 « cosas sean ordenados por la divina Providencia para el
 « bién de los hombres ? Fácil es responder que no se peca
 « por instigar la tentación, sino por consentir en ella, pues,
 « según el Apóstol, Dios es fiel, y justo, y no permite que
 « seamos tentados más allá de lo que alcanzan nuestras
 « fuerzas, ayudadas de la divina gracia (1). Pero muchas

(1) I Cor. x.